



En busca del concepto perdido*

Por Edelberto Torres Rivas

Convocados por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, se reunieron en la ciudad de Mérida, Yucatán, trece sociólogos latinoamericanos y europeos dispuestos a realizar un esfuerzo, inédito en la ya extensa lista de reuniones académicas, para discutir el problema de la conceptualización de las clases sociales y su aplicación en América Latina.

El seminario fue concebido y organizado como una reunión estricta de trabajo por el licenciado Raúl Benítez Zenteno, director del I.I.S.

Las reglas del juego quedaron definidas en el momento mismo de iniciarse la reunión, la mañana del lunes 13 de diciembre de 1971 fueron resultado del proceso de preparación: se había decidido que 3 profesionales escogidos entre los principales teóricos en la ciencia social, presentaran sendas ponencias con la anticipación debida (agosto de 1971); ellos fueron, Alain Touraine, Nicos Poulantzas y Florestan Fernandes cuyos trabajos fueron el eje inicial de la discusión. A cada una de tales ponencias se les 'rodeó', también con la anticipación debida, de tres comentarios que salvo la muy lamentable ausencia de Aníbal Quijano (Perú) se produjeron conforme lo previsto. Las normas internas a las que se aludió se cumplieron estrictamente: un día de discusión para cada trabajo; por la mañana, resumen del ponente y presentación de los correspondientes comentarios; por la tarde discusión entre los trece asistentes especiales. Y para estar a tono con los tiempos aquí también hubo una 'apertura' democrática precipitada por la presencia de casi cuarenta convidados: investigadores de los Institutos de Investigaciones Sociales y Económicas, becarios de esos Institutos, profesores de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de México, sociólogos de El Colegio de México y algún otro invitado inclasificable. La "apertura" consistió en la posibilidad de que los invitados observadores pudieran intervenir en el debate una vez que concluyera la primera vuelta de discusión entre los invitados-participantes.

* Notas sobre el Seminario: "Los problemas de conceptualización de las clases sociales en América Latina". Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, Mérida, México 12-18 de diciembre de 1971.

El viernes y sábado el debate fue abierto en un final en que las fronteras entre parlantes y silentes casi se había borrado. En esos dos días, participaron más de veinte observadores, con preguntas los más, con comentarios y referencias al tema, los menos.

I Touraine: Las clases se definen al nivel de la historicidad

El primer día de trabajo fue dedicado a la discusión del ensayo del profesor Alain Touraine "Las clases sociales". El exitoso director de la École Pratique es autor de un texto con pretensiones teóricas, *La sociología de la acción*, en donde busca con notable erudición presentar a la sociología como la ciencia de la acción humana concebida como condición y medida de la transformación del estado de naturaleza. En el documento presentado transitó los mismos caminos desconocidos para muchos; su ruta no es ni la del marxismo, a su juicio filosofía crítica del orden social, ni la del funcionalismo, sociología del orden establecido. Su meta: construir una sociología sociológica, vale decir, no contaminada por las tentaciones de lo concreto. Desde ese punto de vista, Touraine establece un conjunto de proposiciones claves: no hay clases sino concepto de clases; no son por lo tanto una realidad sociográfica sino una herramienta en el análisis ¿de qué? Del *sistema de acción histórica* que viene a ser la manera cultural y social de cómo el hombre cambia sus propias condiciones de existencia. El análisis de ese sistema es, por eso, el análisis de la historicidad, único nivel donde el concepto de clases adquiere su sentido teórico radical. En efecto, no existe la clase sino las clases y solamente en tanto éstas se definen por su relación y su conflicto. En realidad se reconocen en el nivel de la historicidad cuando intentan definir las transformaciones del sistema de acción histórica. El concepto de clase está vinculado al de conflicto y se opone a la vez al de valores (funcionalismo) y al de contradicciones (marxismo). La existencia de relaciones de clase, en su esquema, se demuestra a través de un doble análisis: a) el del modo de acumulación y de producción, que define el lugar y los agentes de la dominación económica (aquí no se plantea la cuestión del poder, aunque la clase dominante predetermina el campo de las decisiones políticas) y b) el análisis del sistema de acción histórica, para el reconocimiento de los actores de clase, es decir, de las acciones colectivas y de los conflictos por los cuales los actores luchan por el control de la historicidad.

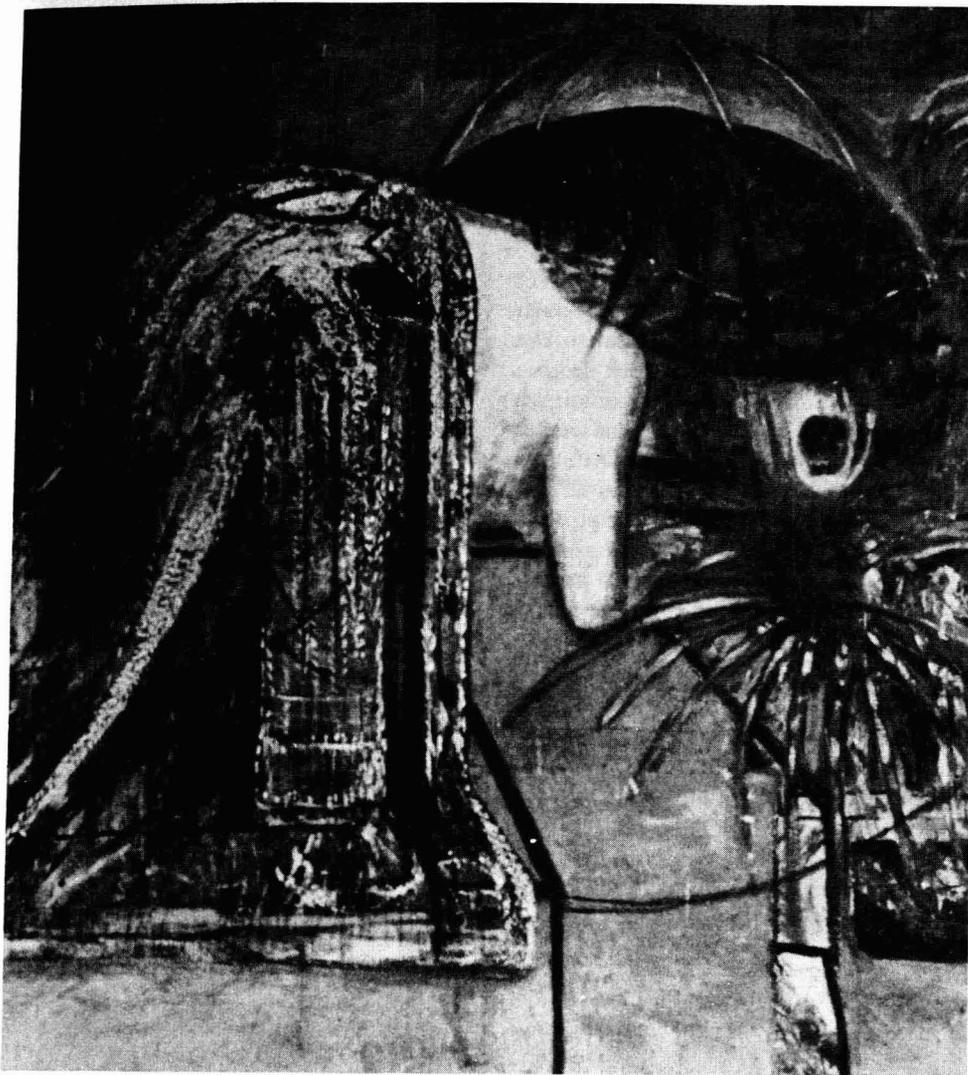
Touraine distingue, en interesante formulación, lo que llama '*la doble dialéctica de las clases sociales*', es decir, la condición dual de la clase alta como dominante y dirigente y la clase baja, como dirigida y protestataria. El interjuego de las distintas posiciones establece los contenidos de la relación conflictual y de su oposición definitiva. En consecuencia, el análisis social sólo es válido como análisis de movimientos sociales, que se presentan como una combinación de ideología y utopía. Por la utopía el actor se identifica con la historicidad y por la ideología se opone al adversario. Si

la dimensión utópica está ausente, el conflicto de clase corre el riesgo de perder su referencia a la historicidad y de reducirse; si la ideología está ausente (¡la ideología —recuerda Touraine— es la dimensión sincrónica de los conflictos de clase!) la lucha se reduce a un movimiento modernizador. Por ello, la combinación de ambas es lo que permite reconocer el campo de las relaciones de clase, el campo de los actores de la historicidad.

La ponencia termina con reflexiones acerca de la sociedad postindustrial, la naturaleza de sus clases y de sus conflictos y los instrumentos teóricos que permiten analizarla mejor.

La ponencia de Touraine, abstracta, hermética, difícil, estaba referida en último término a la naturaleza y problemas de la sociedad postindustrial (Europa) contemporánea. Por añadidura, forma parte de un trabajo mayor, del cual sólo es un capítulo. De ahí que los comentarios fuesen cautos, contenidos. Inició el debate Edelberto Torres-Rivas, del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de México. Al señalar el sociologismo extremo del trabajo, presentó una división crítica, resumida, del modelo de conflicto toureniano: la doble dialéctica de las clases no conduce a su oposición antagónica sino al establecimiento de un diálogo conflictual, en el que los actores sociales ocupan posiciones complementarias y no contradictorias. El horror a la idea de contradicción tiene, sin embargo su precio: en la dialéctica toureniana no hay lugar para la teoría del cambio. No le es necesaria una teoría de la modificación de la estructura social. Es muy difícil criticar la lógica accionalista, aunque se antoja, tal vez por lo cercenado del texto, arbitraria. ¿Qué es el sistema de acción histórica? ¿Es un postulado heurístico, o sólo un momento del análisis?

El comentario de Torres-Rivas se refirió también a la naturaleza de los conflictos en la sociedad postindustrial, que en el documento referido es una preocupación central. Las tesis de Touraine acerca de la naturaleza altamente programada de esa sociedad colocan a las clases dominadas en la necesidad ya no de defender su papel profesional sino su propia identidad social, personal y hasta biológica, amenazada por la manipulación burocrática, los medios de comunicación de masas y la polución. Sin embargo, concluyó Torres-Rivas ¿cuál es la aplicabilidad teórico-empírica de este enfoque para las sociedades latinoamericanas? Continuó la parte de comentarios Francisco C. Weffort, (CEBRAP, Brasil) desdoblado en dos planos distintos, el nivel teórico y el nivel histórico, la presentación de Touraine. Desde el punto de vista teórico la sociología historicista que propone Touraine es tributaria del pensamiento del siglo XIX, especialmente de la tradición marxista, reformulada por la apremiante necesidad del autor de no hacer una sociología de las contradicciones y de la dominación, sino solamente del conflicto. Al señalar como importante la reivindicación enfática de la historicidad de Touraine, el profesor Weffort aprovechó para realizar una autocrítica que nos atañe y parece plenamente justifi-



cada: la idea de la historia no está suficientemente trabajada por la joven sociología latinoamericana, pues en el plano de la teoría es todavía muy fuerte el peso estructural-economicista de nuestra herencia intelectual. Discrepando de la visión histórica excesivamente *culturalista* del trabajo comentado, Weffort llamó la atención para volver a la historia, desembarazándonos del influjo positivista o del inevitable *neockeynesiamismo* de la CEPAL, para proponer una nueva interpretación de América Latina. Una corrección histórica de nuestro 'estructuralismo' puede ayudar, además, a corregir algunos excesos de nuestro voluntarismo práctico, concluyó.

Conforme lo previsto, la reunión continuó con un debate entre los invitados especiales, al que se sumaron, cuando la tarde del día lunes estaba por terminar, los más animosos de los observadores.

II Poulantzas: *Determinación estructural y práctica política en la teoría de las clases sociales.*

El análisis presentado por Poulantzas puede calificarse un esfuerzo en la perspectiva marxista por mantener la definición de las clases sociales a partir del lugar ocupado en el proceso de producción al tiempo que se reconoce la *autonomía relativa* de lo político y la importancia de los criterios político-ideológicos en la caracterización de las clases. Por lo tanto, las clases sociales se definen básicamente al nivel económico, pero como lo político-ideológico retiene una *autonomía relativa*, en la medida en

que constituye niveles que no son un simple reflejo de lo económico, tales instancias son fundamentales para la definición de las clases. Sin embargo, es en la práctica social donde las clases, en último término, se reconocen y perfilan, es decir, las clases no existen sino en la lucha de clases. Precizando aún más su visión, Poulantzas indica que al nivel del modo de producción sólo existen dos clases fundamentales, escindidas en la creación de valor a partir del trabajo y la *apropiación-disposición de dicho valor*. Pero recordando la distinción clave entre modo de producción y formación social, hace notar que la diversidad de las clases en una sociedad concreta no contradice la bipolaridad económica ya señalada.

El 'tour de force' empieza, sin embargo, cuando enfrentado el nivel de las prácticas cotidianas encuentra grupos sociales que difícilmente podrían catalogarse en términos de producción y apropiación de valor; es decir, ¿cómo definir conceptualmente aquellas franjas sociales como la burocracia técnica, constantemente acrecentada, cuyos determinantes estructurales son, en el mejor de los casos, difíciles de establecer con ayuda de criterios económicos *strictu sensu*? Ampliando las posiciones sostenidas en una de las obras más utilizadas por la joven izquierda latinoamericana (*Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México, Siglo XXI) Poulantzas echa mano, sin ningún escrúpulo teórico, de los criterios políticos e ideológicos superestructurales como necesarios para la definición de las clases: hay clases sociales, en un nivel co-

yuntural, que se definen sobre todo en el seno de la contradicción político-ideológica. Se arriba así, suavemente, al meollo de la polémica: ¿posición de clase o prácticas de clase? ¿Qué es lo definitorio? ¿Cómo trascender el determinismo económico y el voluntarismo ideológico?

Esta versión es resumida pero no incompleta: Poulantzas desarrolla con amplitud el tema de las 'clases medias' y la pequeña burguesía que, a su juicio, no son lo mismo por corresponder, terminológicamente, a dos vertientes teóricas distintas. Y se refiere, además, a la noción de fracción de clase, capas y categorías sociales, en las cuales los determinantes políticos e ideológicos asumen plena responsabilidad. Concluye su ponencia con una observación que no por popular es menos importante: hoy día todos hablan de clases sociales, pero lo que distingue al marxismo de las demás ideologías de la sociedad es la importancia que atribuye a la "lucha de clases" como motor de la historia, elemento histórico y dinámico. La constitución y la definición de las clases (y de las fracciones, capas y categorías) no puede hacerse mas que tomando en consideración ese factor dinámico. La delimitación de las clases no se reduce jamás a un mero estudio 'estadístico': *depende del proceso histórico*.

Lo que se creyó sería un punto de consenso absoluto se convirtió inmediatamente después en un disenso relativo. El ataque lo inició Fernando H. Cardoso (CEBRAP, Brasil). Cuando Cardoso subió al ring, iba dispuesto a golpear con ambas manos; con la izquierda atacó la inspiración althusseriana del trabajo, que establece diferencias entre el materialismo histórico y el materialismo dialéctico, origen de sucesivas dificultades metodológicas y fuente de otros traspiés teóricos; con la derecha, a la versión de Poulantzas, culpable según Cardoso de retórica formalista que privilegia las definiciones, como si estas fuesen la sustantivación de contradicciones reales. El concepto de clases, afirmó en el inicio de su crítica, debe partir de una relación social determinada, que se explicita en la constitución de una '*totalidad concreta*'.

El miedo al historicismo (y a su vez, al empirismo) lleva a los althusserianos a caer en el estructuralismo, evitando la historia, por un lado y en el formalismo idealista, por el otro. Ejemplos de tal formalización son tanto las 'teorías regionales' como la separación arbitraria entre el nivel teórico y el proceso histórico: el marxismo como ciencia de la historia es un esfuerzo de reconstrucción de 'totalidades concretas' y esto significa tanto la elaboración de aquellos conceptos que explican las relaciones históricamente constituidas cuanto la comprensión de esos conceptos como expresión de relaciones reales. Al separar '*objetivo de conocimiento*' y '*objeto real*', Althusser no acepta que un orden lógico contenga una dimensión ontológica y termina por valorizar la '*práctica teórica*' como recurso para garantizar la objetividad del proceso de conocimiento. El marxismo parte de una especie de "reflexión objetiva" que no supone la separación metafísica entre teoría y práctica social, 'objeto de pensamiento' y

‘objeto real’ y objeto y sujeto: el pensamiento se da en el cerebro de personas particulares, reales, pero no se oponen como ‘conciencia’ a la ‘materia’ como creería un idealista ingenuo.

La consecuencia metodológica de la diferencia entre objeto teórico y objeto real es la elaboración de ‘teorías particulares’, de las instancias regionales en que se bifurca la realidad y el pensamiento (lo económico, político, ideológico poulantziano). Recuerda que Poulantzas apoya su noción de clase social en la determinación de diversas instancias, aunque reconoce que la económica es *principalmente* la decisiva. Para Marx —en la argumentación de Cardoso— la autonomía (relativa) de lo económico frente a lo político carece de importancia; no se trata de campos distintos de prácticas humanas o de áreas teóricas diversas, sino de niveles de complejidad de lo real que se articulan en totalidades complejas de pensamiento. Alcanzar el punto de llegada implica elevarse hasta el nivel de lo concreto, es decir, determinar las relaciones parciales y los conceptos que las explican; la elaboración de éstos, constituye momentos del pasaje de lo abstracto a lo concreto y no una “práctica teórica de elaboración de las instancias específicas de teorías regionales”. En síntesis, transformar la armazón metodológica de la dialéctica para determinar teóricamente los conceptos explicativos de cada ‘instancia regional’ implica una formalización del marxismo.

Y la crítica se acerca al final: dejando de lado al Maestro. Cardoso se ocupa de los errores del alumno al recordar la caracterización poulantziana de clases sociales, según la cual éstas deben ser pensadas como el resultado de los efectos de las tres instancias regionales fundamentales (económico político ideológico) sobre los agentes que constituyen el soporte de las estructuras de esas instancias, que juntas forman la matriz de un modo de producción. Al disminuir así el estatuto teórico del concepto (apenas relaciones sociales), Poulantzas es consecuente con su ‘bias’ metodológico: el objeto compuesto por varios niveles estructurales, relativamente independientes entre sí y que producen ‘efectos’ sobre el comportamiento social, mientras que para Marx las clases son relaciones cuya determinación se enriquece a través de otras tantas determinaciones (capital, trabajo, salario, etcétera) cuya síntesis permite la reconstitución de las totalidades concretas. Además, éstas están siempre determinadas por las relaciones de producción, lo cual no es el economismo al que tanto teme Poulantzas. Finalmente, al establecer diferencias de interpretación entre sus anteriores y el actual trabajo de Poulantzas, Cardoso no ahorra consejos: lo incita a que la nueva postura teórico-metodológica (comprensión del método marxista) sea completa y para ello es necesaria una ruptura explícita con el formalismo althusseriano.

Calixto Rangel Contla (Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad de México), empieza por considerar un acierto del documento al señalar el papel subordinante que dentro de la unidad del proceso productivo juegan las relaciones de producción

frente al subordinado de las relaciones de distribución del producto social, así como la posibilidad de trascender la definición economicista de clase por la vía de utilizar las instancias ideológico-políticas. Pero al mismo tiempo señala lo que a su juicio son dos errores del enfoque: a) la utilización de un simple enunciado en la definición de clase social, el cual no es más que la reformulación de un cierto pasaje de *El capital*, que frente a la clásica y popular definición propuesta por Lenin, constituye un franco retroceso. Y b) defectos de concepción de las relaciones de producción, ya que Poulantzas divide éstas en “relaciones de *propiedad* económica” y “relación de *apropiación* real” cuando hasta ahora en el pensamiento marxista ambos términos son usados, de manera expresa, como sinónimos. Y si son sinónimos las clases sociales se *distinguirían* entre sí porque ocupan el *mismo lugar* en las relaciones de la producción social. ¡Pero esto es un contrasentido!

La visión de Manuel Castells (École Pratique, Sorbona, París) privilegia los aspectos políticos del problema de la conceptualización de clases. Comienza por un pecadillo para el cual hay absolución: ligar necesariamente la propiedad social de la producción al control directo del proceso técnico conduce al economicismo, ya que Poulantzas indica que la relación que define la clase explotada es la relación entre los trabajadores y los medios de trabajo y concluye que sólo la autogestión obrera modifica la propiedad económica, pero sin hacer referencia al sistema económico en que funciona. Señala que es necesario distinguir posición estructural de clase y práctica de clase; la primera define la pertenencia de clase por la inserción en el proceso productivo. Ahora bien, tal inserción tiene efectos políticos e ideológicos y aunque la autonomía de éstos es relativa, reflejan en último término a la estructura económica. La expresión concentrada de las prácticas de clase es la *práctica política*, que no puede ser otra que la que tenga por objeto el control del aparato del Estado. Ampliando la visión poulantziana y por lo tanto, completándola, Castells indica que tomar en cuenta las *prácticas político-ideológicas* de un grupo social para analizarlas en términos de clase no es lo mismo que definir las clases sociales por su situación en las instancias político-ideológicas; es decir, en lugar de definir las clases a los tres niveles, hay que pasar de una definición en términos de estructura a otra en términos de prácticas de clase. Pero como éstas no se dan en el vacío sino a través de un aparato material, parece evidente que la mediación entre las estructuras y las prácticas de clase son los *aparatos organizativos*, y en particular, los *aparatos políticos*. En una palabra —pecado capital! —el gran defecto de las tesis de Poulantzas, según Castells es la ausencia de una teoría del partido revolucionario. La introducción de la teoría del partido en el análisis —sentencia el comentario— es la única forma de conciliar las dos afirmaciones fundamentales del materialismo histórico: la determinación en última instancia por la estructura económica y

la lucha de clases como motor de la historia, es decir si lo económico es determinante, la práctica política ¿domina en cada coyuntura! Aunque el comentario de Castells termina con un aceptable análisis sobre la lucha de clases en Chile, donde aplica las proposiciones generales que esboza en su trabajo, no quisiéramos terminar este resumen de sus ideas sin recoger su reformulación última al esquema de Poulantzas: las clases se definen en su lucha, al nivel de las prácticas; pero ellas no pueden ser sino aquéllas correspondientes a las fases de desarrollo de la estructura económica. No se trata —¡atención! — de agregar criterios ‘político-ideológicos’ en su definición, cuanto de establecer los criterios de adecuación entre la práctica de cada aparato político y los intereses específicos de clase, determinados por su inserción en lo económico y en las leyes objetivas del desarrollo histórico.

La calurosa tarde del martes vio aumentar la temperatura con la discusión bilingüe que siguió a la presentación de los comentarios. La crónica del debate es, para el propósito de estas líneas, imposible; pero debe consignarse que el mismo continuó animadamente como charla de sobremesa.

III Florestan Fernandes: El orden social competitivo, fundamento de la estructura de clases.

El día miércoles, último del periodo de presentación de ponencias, los contenidos del Seminario empezaron a variar de dirección lo cual no es lo mismo que a bajar de nivel. El profesor Florestan Fernandes (brasileño Universidad de Montreal) presentó el más voluminoso y latinoamericano de los trabajos. Su posición teórica deriva de una constatación histórica, que se erige en pivote de una fecunda cuanto extensa reflexión: la clase social sólo aparece donde el capitalismo ha avanzado lo bastante para relacionar, estructural y dinámicamente, el modo de producción capitalista con el mercado como agencia de clasificación el modo de producción capitalista con el mercado como agencia de clasificación social y con el orden legal que ambos requieren. Con este punto de partida enfático, se abre un frondoso bosque en el cual es fácil errar la caminata tanto por la utilización de un lenguaje personal cuanto por la densidad de los conceptos. El profesor Fernandes indica de inmediato que los condicionamientos a que están sometidas las sociedades subdesarrolladas y dependientes tiende a producir estructuras de clase distintas, que responden a una situación histórica peculiar. ¿Cuál es tal situación? Es aquella que determina la ausencia de ciertas dimensiones estructurales y de ciertos dinamisismos que hacen que las contradicciones de clase sean amortiguadas, anuladas o, de hecho, poco dramatizadas como y en cuanto tales clases. Es decir partiendo de la constatación de la sociedad de clases europea, Fernandes afirma que el fundamento de la sociedad de clases se encuentra en la existencia y organización de un orden social competitivo, que se apoya a) en el modo de producción capitalista y b) en la naturaleza *autónoma* de su funcionamiento.

Sólo así, el *orden social competitivo* condiciona un mercado-mecanismo de clasificación social y de participación en la producción. Lo que sucede en América Latina es que tal *orden social competitivo* estaría débilmente constituido y, además, con más o menos profundos bloqueos y desviaciones internas. La conclusión primera de tal constatación es que las clases (y sus formas de relación) en América Latina carecen de dimensiones estructurales y de dinanismos societarios que son esenciales para la integración, estabilidad y transformación equilibrada del orden social, basado en una sociedad de clases. En otras palabras, Fernandes atribuye al carácter dependiente de la formación social capitalista latinoamericana la ausencia de condiciones germinales para que aparezcan las clases en el sentido clásico (europeo). La función histórica de la revolución burguesa ha sido la constitución definitiva del *orden social competitivo*, que para nuestra región significaría la destrucción de las raíces condicionantes del subdesarrollo y la dependencia. El fracaso

de la revolución burguesa en América Latina se explica de manera circular, tanto por la profundización de la dependencia como por la existencia de clases 'a medias'.

El extenso razonamiento que se sintetiza de la anterior manera conduce a conclusiones definitivas en el orden político: aunque hay ciertas condiciones para la constitución plena de la sociedad de clases, coexisten vigorosamente sectores, subestructuras y mecanismos sociales *arcaicos* que limitan la función *clasificadora del mercado* y el surgimiento de un sistema estratificado basado en las jerarquías sociales que derivan, exclusivamente, de la participación diferencial en el sistema productivo. En consecuencia, ahí donde emerge la estructura de clases pero éstas no consiguen absorber y orientar las fuerzas que cambian el orden social, se condena tal sociedad a una *crisis permanente* y al *colapso final*. Pareciera que la dirección en que marcha la historia hiciera viable la sociedad de clases. Pero es todo lo opuesto; la consolidación de la hegemonía

burguesa bajo un Estado que institucionaliza la violencia sistemática y legítima la contrarrevolución, contiene dentro de sí el comienzo *del fin*. El documento concluye con apocalíptica advertencia: lo que hoy podría parecer como una negación de la dependencia y del subdesarrollo mañana aparecerá como una afirmación del socialismo; la verdadera aceleración de la historia aparece con las fuerzas sociales nuevas, por cuyo intermedio y al destruir el viejo orden, impondrán su versión de lo que es socialmente justo y necesario.

El análisis del profesor Fernandes, al situar el problema de las clases sociales y a la América Latina en una disyuntiva que no es solamente teórica, entregó elementos que enriquecieron el debate. Correspondió a Jorge Graciarena (Centro de Pesquisas Sociais, Río) iniciar los comentarios. Calificó el trabajo como uno de los intentos teóricos mejor logrados al apelar por una parte, a la teoría clásica de las clases sociales y, por otra, a los conceptos tan esenciales de subdesarrollo y dependencia, perspectivas que han sido frecuentemente utilizadas de manera aislada. Al confesar, además, su identificación casi total con posiciones teóricas y el tratamiento del problema, Graciarena hace algunas reservas importantes: 1) se pregunta si el concepto de 'orden social competitivo', utilizado como *tipo ideal* y no como una construcción empírica, ayuda a comprender las variaciones de grado, los distintos momentos del desarrollo latinoamericano, ya que el confrontar dos tipos de sociedades con el instrumento analítico deducido de una de ellas, no permite establecer la especificidad del desarrollo de la otra. La comparación debe ser colocada de otra manera ya que lo que se está relacionando no son dos sistemas diferentes sino segmentos de uno solo; es decir, la lógica del capitalismo dependiente no es ni debería ser otra cosa que un aspecto de la lógica general del capitalismo; 2) duda de la presunción implícita en el razonamiento de Fernandes en cuanto a la univocidad del desarrollo capitalista y se interroga, con razón, si el orden social competitivo de Europa habría sido posible en caso de que la dinámica externa de esas sociedades, basada en inversiones y abastecimiento de materias primas, no se hubiese producido aprovechando el mundo subdesarrollado ¿No será que los países hegemónicos transfirieron hacia la periferia buena parte de sus antagonismos internos, convirtiéndolos en nuevas tensiones estructurales? y 3) rechaza finalmente la idea de la clase social como *categoría perceptual y cognitiva* que organiza las orientaciones del comportamiento colectivo; la conducta social, afirma Graciarena, no se explica plenamente tomando las clases como referencia única; su constitución incompleta obliga en América Latina a desagregar el concepto en una serie de categorías analíticas menores, más específicas, de manera tal que posibiliten identificar empíricamente, clasificar y relacionar los agrupamientos reales, sus intereses objetivos, ideologías y metas de acción.

Como tantos otros de los participantes, Graciarena hubiese querido estar de acuerdo pero dudó acerca de la tesis catastrofista



de la imposibilidad final y del desequilibrio inminente del capitalismo subdesarrollado. Sugirió, con razones, la posibilidad contraria de que el "desequilibrio crónico" en lugar de ser un "acelerador" del colapso final, pueda llegar a consolidarse por un largo periodo a partir de un crecimiento económico capaz de aumentar la capacidad instrumental del Estado en beneficio de la empresa capitalista y eficaz al desmovilizar a las masas en el terreno social y político.

El profesor Jorge Martínez Ríos (Instituto de Investigaciones Sociales) asumió en su comentario una postura distinta, al descubrir y señalar los contradictorios orígenes intelectuales del pensamiento del sociólogo brasileño; de manera explícita Martínez Ríos duda sobre cuál es la o las teorías que sirven de base a Fernandes —y el peso de cada una de ellas o su integración en una perspectiva más amplia—, para reflexionar sobre la sociedad capitalista y su estructura de clases. La utilización de Marx, Durkheim, Weber puede conducir— y de hecho tal es el resultado— a una utilización acrítica de los conceptos o, como sucede con los dos primeros, a un análisis contradictorio, porque en ellos el concepto de las clases sociales no tiene la misma relevancia teórica e ideológica, lo que también puede decirse del concepto de lucha de clases. ¿Y qué decir de 'revolución' para un pensador tan conservador como Durkheim? Martínez Ríos presentó un interesante resumen del proceso que ha seguido el pensamiento sociológico acerca del consenso y el conflicto, desde Saint-Simon hasta los parsonianos, pasando por los diversos marxismos y especialmente alrededor de fenómenos como el de clases y sus luchas, revolución y orden, equilibrio y estabilidad; tal razonamiento le permite establecer una segunda conclusión en el sentido de que la mediación que Fernandes hace entre Marx y Durkheim es sólo una posibilidad limitada. El comentario de Martínez Ríos, en su segunda parte, deja de lado el rastreo teórico y la genealogía metodológica de la ponencia e incluye dos notas adicionales: una sobre el problema del orden y la fuerza y su impacto referencial en la conceptualización de las clases sociales, y otra sobre las clases sociales en el porfirismo y su relación con la sociología positivista y organicista; esta última útil por sus reflexiones sobre la indianidad; la primera, innecesaria por sus comentarios sobre la fuerza interamericana de paz y los proyectos Camelot. La nota optimista llegó en las últimas líneas y con ello hace evidente justicia al trabajo de Florestan, al señalar que el mismo recobra la tradición del análisis cuantitativo y de la inserción histórica a la manera clásica, que el empirismo sociológico trató inútilmente de hacernos olvidar.

El último comentario correspondió a Rodolfo Stavenhagen (El Colegio de México) en la forma de un útil resumen de los puntos que a su juicio eran los más importantes en el trabajo de Florestan Fernandes: el punto fundamental se refiere a que la estructura de clases en América Latina sólo puede ser comprendida en función del sistema capitalista dependiente y subdesarrollado; esto tiene consecuencias decisivas

en la investigación y en la teoría, que sólo ha dado algunos pasos en esta dirección; resulta evidente que la burguesía y las "clases medias" se integran directamente a la estructura de la dependencia, pero ello no es claro en relación a la clase obrera o a los grupos campesinos. ¿De qué manera la dependencia ha modificado nuestra visión de la clase obrera industrial o del proletariado rural?

Vinculado a lo anterior, es cierto también que la evolución y dinámica de la estructura de clases en América Latina no puede repetir el proceso histórico de evolución del modelo del capitalismo europeo; esto permite preguntarse, por ejemplo, por el papel que desempeñan las burguesías burocráticas del capitalismo de Estado, o cuál es la dinámica sociopolítica de una clase obrera industrial que se incorpora no como el último invitado a la fiesta, como fue el caso de Europa, sino como un sector relativamente privilegiado. O el más importante tema de las relaciones de alianzas y conflictos entre las clases en el capitalismo dependiente. Al hacer referencia a la coexistencia en un mismo territorio nacional de modos de producción diferentes, correspondientes a distintos tiempos históricos, Stavenhagen subraya el fenómeno del *colonialismo interno*, es decir la subordinación de modos de producción y formas de acumulación precapitalistas al modo de producción dominante, que se transforma en la subordinación y explotación de ciertos sectores, de ciertos segmentos de la población, de ciertas áreas geográficas, por otras.

El último punto señalado por Stavenhagen se refiere a la proposición de Fernandes de que ciertas clases *son más clases que otras* y que ciertos grupos sociales están más integrados que otros; si se define un sistema social como un campo de acción de clases sociales ¿es posible —se pregunta— referirse a determinados grupos humanos como si estuvieran fuera del sistema? Es cada vez más evidente que el concepto de marginalización es inadecuado, pero el hecho empírico al que apunta es innegable: masas humanas que viven a niveles de miseria crecientemente grande; desempleo estructural, etcétera, lo cual plantea un reto conceptual a la sociología de las clases. Termina su comentario con un tema capital, y que se refiere al papel del Estado como fuerza política y económica relativamente autónoma, para intervenir en el regulamiento de las relaciones entre las clases sociales; y a manera de ejemplo se pregunta cuál es la situación del Estado chileno en donde la estructura de clases no ha sido modificada por la victoria electoral de la Universidad Popular.

El miércoles 15 de diciembre finalizó la primera parte del Seminario de Mérida. Las discusiones que siguieron los días viernes y sábado, con la participación de invitados y observadores, constituyeron un buen complemento de la parte que aquí se reseña. El intercambio de opiniones se mantuvo en un nivel decoroso y por momentos alcanzó gran riqueza conceptual. Muchas dudas se aclararon y otras quedaron situadas como constantes desafíos a la reflexión de la nueva sociología latinoamericana.

Letras



Apuntes: La literatura es un fin

Por Humberto Guzmán

Al terminar de leer el contenido de una revista literaria de jóvenes*, me surgió la idea de escribir estas líneas. Vino a cuento una pregunta que otras veces ya había hecho su aparición, pero que nunca como entonces se reveló de esa manera. Fue algo así como una *duda luminosa*.

¿Hasta qué punto hay que tomar en serio a la literatura?

La pregunta me sacudió un poco, debido a que recordé que en algunas ocasiones he concluido, después de una búsqueda similar, que la literatura no sirve para nada en absoluto.

Debo advertir que jamás lo he pensado porque la relacione, o la compare más bien, con técnicas o formas modernas de expresión —el adjetivo *moderna* es el que quise usar— como el cine y otras.

Que quede claro de antemano que no hago tal comparación —ni siquiera la imagino—, al menos no con ese intolerable propósito de averiguar cuál de ellas es más moderna y cuál más anticuada, o cuál es vigente y cuál no lo es. Una situación alarmante por inútil es aquella en la que se llega al extremo de plantearse la interrogante: ¿Qué forma de expresión adoptar para estar a tono con nuestro tiempo? La cual me recuerda la palabra *moda* que no es otra cosa que la ausencia total de significación.

Pero conclusiones tan precipitadas como la mía generalmente llevan en sí mismas su negación. Lo que las invalida por completo. Además, es muy fácil objetarlas —con igual violencia—. A esa afirmación diría que, al final de cuentas, si la literatura no sirve para nada, entonces tampoco sirve para nada la música, ni las religiones, ni la guerra, ni la paz, ni la patria, ni nada.

Asimismo, darle autenticidad no significa otorgarle, tocándola con la varita mágica, la calidad de omnipotente. Hacerlo sería ridículo. Independientemente de que ni siquiera la necesita. La literatura vale por lo que es —así, no más—, evadiendo la soberbia de tratar de definirla, o evitando mi entrada por una puerta falsa.

Hay que creer en la literatura, dudando de ella.

La presencia de la *duda* siempre es salu-

* Revista *Juego de palabras*. México, Instituto Politécnico Nacional.